

LAURA FRANTZ

*El destino
de Elisabeth*

Libros de
seda

*Para Susanna Thorne Hightower,
mi tatarabuela-tatarabuela-tatarabuela-tatarabuela
y una reconocida patriota de Virginia,
que apoyó al Ejército Continental con suministros
durante la Guerra de la Independencia.
Te prometo tu propia historia.*



Capítulo 1

MAYO 1775

Elisabeth tomó una profunda bocanada de aire, terminando con una intensa hora de concentración. En ese momento fue consciente de lo mucho que le apretaba el corsé y se enderezó, aliviando así el dolor que sentía en la espalda y hombros. En el regazo del delantal que llevaba puesto tenía la almohadilla con el nuevo encaje en el que estaba trabajando. Tan delicado como los copos de nieve, el intrincado diseño estaba elaborado con hilo de lino importado, de un prístino blanco y con una longitud de casi dos metros, por ahora. Prefería el blanco al negro. Cualquiera encajera experta sabía que el encaje blanco era mucho mejor para la vista.

Alzó los ojos y miró a través de las delicadas vidrieras a un mundo lleno de vibrantes verdes, rotos por salpicaduras de flores coloridas. Sus favoritas, las rosas amarillas y las peonías rosas, se balanceaban al son del viento que soplaba en las esquinas de la casa. Por fin llegaba el verano. Pero no solo estaban a punto de entrar en junio. También estaba a las puertas de su boda.

—*Oh là là*. ¿Pero qué tenemos aquí? —Desde el rincón del dormitorio le llegó una voz alta y melódica—. ¡No es posible que una novia esté bordando su propio encaje!

—No, Isabeau. No tengo tanta paciencia.

—No para un vestido de novia entero, *merci*. —La doncella rodeó la cama con dosel tan rápido como se lo permitió su voluminosa constitución,



sosteniendo un par de medias bordadas—. Ha estado toda la mañana ocupada y seguro que se le ha olvidado que ya es casi la hora del té con la condesa. Lo más probable es que *lady* Charlotte quiera hablar sobre su baile de compromiso. Se rumorea que lord y *lady* Amberly estarán allí.

Elisabeth casi sonrió ante la costumbre de su doncella de alardear de títulos. La humilde hugonota¹ seguía tan deslumbrada por la nobleza como el primer día que puso un pie en las costas de Virginia. Dejó a un lado la almohadilla con el encaje y contempló a la sirvienta sacar dos vestidos de té del armario enorme.

—¿Cuál le apetece hoy? ¿El azul o el amarillo?

—El amarillo —respondió ella. El amarillo era el color favorito de *lady* Charlotte y Elisabeth intentaba complacerla siempre que podía. A cambio, en el Palacio del gobernador disponían una mesa de té con todo lujo de detalles que no tenía nada que envidiar a la del mismísimo rey de Inglaterra.

Echó un vistazo al pequeño reloj que llevaba prendido en el corsé y se levantó de la silla para que Isabeau pudiera quitarle la ropa y vestirla para la ocasión.

—Hace un día espléndido, seguro que la condesa querrá dar un paseo por el jardín. ¿Cree que la acompañarán sus niñas?

—Eso espero. El ejercicio y el aire fresco les vendrá bien, aunque últimamente su padre prefiere que se queden dentro.

Isabeau la miró preocupada.

—Por la agitación que se respira en el ambiente, ¿verdad?

Elisabeth intentó no pensar en eso.

—Según dice *lady* Charlotte, el sol podría estropearles el cutis. ¿Y sabes? Tiene razón. ¡Solo hay que verme! —Aunque no se le marcaban mucho, la hilera de pecas que le cruzaba el puente de su nariz y la parte superior de los pómulos hacían que su piel tuviera un aspecto irregular que ni siquiera los polvos podían disimular. Era la penitencia que tenía que pagar por pasar horas y horas sin sombrero, bordando en el rincón del jardín que tanto le gustaba.

1 N. de la Ed.: Los hugonotes eran los seguidores de los protestantes franceses seguidores a su vez de la doctrina de Calvino. Fueron perseguidos en muchos casos, por lo que no pocos emigraron a América.

—Es usted *tres belle* incluso con pecas —dijo Isabeau, tirando un poco más de los lazos del corsé—. Y se ha llevado al mejor pretendiente de toda la colonia de Virginia ¿no?

—A uno de ellos. —Elisabeth tragó saliva para no decir nada más al respecto. Su prometido, Miles Cullen Roth, era muchas cosas, pero no estaba cortado por el mismo patrón que sus compatriotas William Drew, George Rogers Clark y Edmund Randolph.

Isabeau bajó la voz hasta que esta se convirtió en un susurro.

—Aunque me pregunto qué hay del amor.

Elisabeth miró la puerta ligeramente entreabierta del dormitorio. Su padre siempre decía que se mostraba demasiado cercana con los sirvientes, pero lo cierto era que prefería las charlas informales a las conversaciones remilgadas de salón.

—El matrimonio es un asunto de negocios.

—Eso es lo que dice su padre. —La doncella frunció el ceño contrariada—. Pero yo soy una romántica. Uno debe casarse por amor, ¿no cree?

—¿Eso es lo que se hace en Francia?

—¡*Oui, oui!* —contestó la sirvienta.

Aunque Isabeau fuera una sirvienta ligada por contrato,² no tenía un padre que dirigiera cada uno de sus pasos. Teniendo en cuenta ese detalle, Elisabeth solo podía imaginarse lo que debía de estar pensando su doncella. «Soy libre. Libre para entrar y salir al terminar mi jornada. Libre para casarme con quien quiera».

¿Y ella? ¿Quién era Elisabeth Lawson? El reflejo en el espejo no le dijo mucho. Cuando se escribieran los libros de historia y se llenaran de polvo, ¿qué dirían de ella?

2 N. de la Trad.: Los sirvientes ligados por contrato eran hombres y mujeres (tanto adultos como niños) que debían trabajar para un empleador durante un período de tiempo determinado, a cambio de transporte, comida, vestido, alojamiento, pero sin percibir salario alguno. En cuanto el sirviente cumplía su contrato, quedaba libre. Fue una figura muy usada en la Norteamérica colonial (a veces en condiciones similares a las de la esclavitud), mediante la cual muchos empleadores costeaban el pasaje a jóvenes europeos para que estos trabajasen para ellos hasta pagar el precio completo de dichos pasajes.

¿Que había tenido la suerte (o la desgracia) de ser la única hija del vicegobernador de la colonia de Virginia, el conde de Stirling? ¿La hija de una madre activista que usaba la pluma y la tinta como si de un arma se tratara? ¿Poseedora de un pedigrí y de una dote que envidiaría cualquier otra belleza colonial? ¿Amiga y confidente de *lady* Dunmore? ¿Esposa de Miles Cullen Roth? ¿Señora de Roth Hall?

Fin.



El sello escarlata de la carta que le estaba entregando su ama de llaves era tan inconfundible como la letra. Noble Rynallt se hizo con ella y se retiró a la tranquilidad de su despacho de Ty Mawr. Luego se sentó en una silla de cuero, apoyó las botas polvorientas en el amplio alféizar de la ventana con vistas al río James y rompió el sello.

El tiempo es de vital importancia. Necesitamos saber quiénes son nuestros auténticos aliados, así como nuestros enemigos. Haz lo que haga falta para conseguir asistir al baile de lord Dunmore del 2 de junio de 1775 en el palacio del gobernador. Al fin y al cabo, se celebra por tu primo. Consigue toda la información que pueda ayudar a nuestra causa.

Patrick Henry.

Estaban a finales de mayo. A Noble le quedaba poco tiempo para conseguir nada. En breve, su primo se casaría con la belleza de Williamsburg, *lady* Elisabeth Lawson. Algo en lo que no había pensado mucho, no le apetecía absolutamente nada asistir a acontecimiento alguno en el palacio del gobernador, y menos a uno que se celebrara en honor de la hija de su némesis. Lord Stirling iba detrás de él, detrás de todos los hombres que querían la independencia y ninguno de ellos había recibido invitación. Pero como Henry había señalado, el primo de Noble era el novio. Lo más probable era que su invitación estuviera de camino, salvo que la hubieran pasado por alto.

Frunció el ceño, pensando en el revuelo que provocaría si se presentaba allí. Seguro que a lord Stirling le daría un ataque nada más verlo. Aunque de ser así, al menos habrían eliminado a uno de los principales detractores de la lucha por la independencia de Virginia. Además, su asistencia al baile anunciaría que estaba dando por finalizado su período de luto.



El ejemplar immaculado del *Virginia Gazette*, que seguía oliendo a tinta y a papel de periódico nuevo, parecía estar gritando a los cuatro vientos la noticia de su matrimonio.

La futura esposa de Miles Cullen Roth, lady Elisabeth Lawson, una afortunada dama joven y simpática, presidirá el baile del gobernador del 2 de junio de 1775...

La florida columna incluía detalles no solo del acontecimiento tan esperado, sino también de su propia dote, mencionando nimiedades que ni siquiera ella conocía. Dio la vuelta al periódico sobre el tocador y dejó de sonreír. Sin duda se trataba de un asunto delicado.

Isabeau, que enseguida se percataba de los estados de ánimo de su señora, murmuró:

—¡Pero qué pordioseros! Habría preferido que hablaran de su carácter alegre y cristiano. O de su estatura menuda, su cabello rubio y de que tiene todos los dientes, salvo uno que, gracias a *Dieu*, es una de las muelas traseras.

—Soy la novia de Williamsburg —dijo Elisabeth mientras su doncella le abrochaba el vestido con eficiencia—. Los medios locales creen que pueden publicar lo que quieran sobre mi persona. Al fin y al cabo, he nacido y me he criado aquí y nunca me ha faltado de nada.

—¿No le molesta que se jacten de esa forma? —Isabeau se la quedó mirando, observándola—. Me parece bastante feo escribir sobre los pormenores de la dote de una persona para que se entere todo el mundo.

—Más bien es una tontería. En Williamsburg todos sabemos lo que vale cada uno. No hay necesidad de publicarlo.

—Pues explíqueme eso mismo a su querido padre —repuso la doncella con el ceño fruncido—. Esta mañana ha hecho que un lacayo reparara varios ejemplares de la *Gazette* en el mercado como si de bombones se tratara.

Aunque no le sorprendió en absoluto, decidió no hacer ningún comentario al respecto. Se dio la vuelta, haciendo que su falda de seda crujiera por el movimiento, y extendió un brazo para que Isabeau le arreglara los lazos de la manga. En ese momento les llegó desde abajo el sonido apagado de los cascos de caballos sobre los adoquines.

—¿Su prometido? ¿Siendo puntual? ¿Y con este mal tiempo? —Isabeau la miró estupefacta con sus ojos de color jade.

Elisabeth se volvió hacia la ventana abierta y escuchó con atención, pero lo único que oyó fue el sonido de la lluvia.

—El señor Roth me ha prometido que vendría. Eso es lo único que importa. Lo que no me dijo fue cuándo.

—¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

—En abril —reconoció de mala gana. ¿Por qué le preguntaba eso su doncella cuando, después de estar con ella día y noche, sabía cuál era la respuesta? El gesto contrariado de Isabeau le recordó que no era precisamente partidaria de Miles, a pesar del prestigio del que su prometido gozaba en Williamsburg. Elisabeth buscó otra forma de excusarle—. En sus cartas me decía que estaba muy ocupado, supervisándolo todo para que la casa de Roth Hall esté lista para cuando nos vayamos a vivir allí.

Decir aquello hizo que se sintiera un poco incómoda, ya que solo le había enviado dos cartas en seis meses. A cambio, recibió regalos extravagantes e innecesarios, como pendientes de oro en forma de herradura, un vestido de montar verde botella, piñas, limones y limas del invernadero que su prometido tenía en su propiedad, un carruaje hecho en Londres... Un sinfín de presentes de los que pronto perdió la cuenta. Y ninguno de ellos modificó la pobre opinión que tenía de él.

Aquella generosidad hizo que tuviera un mal presentimiento sobre su futuro. No quería sus regalos. Quería su presencia. Si al final terminaba

siendo como su padre, tan a menudo ausente... No era muy difícil entender lo que quería de verdad. Un hogar feliz. Una familia completa.

—El recogido es *magnifique*, ¿verdad? —señaló Isabeau con satisfacción mientras sacaba un espejo de mano para que tuviera una mejor vista de los adorables rizos de la peluca que le caían por el hombro, empolvados en un costoso rosa pálido. Cerca de la oreja derecha le sobresalían dos plumas de avestruz de un tono también rosa, pero más oscuro.

—No lo sé —Alzó la mano y se quitó los alfileres que mantenían la peluca en su lugar, liberando las plumas que habían sido colocadas con tanto acierto—. El polvo está empezando a quedarse un poco anticuado. He decidido que esta noche iré a la moda.

La doncella levantó las cejas, pero le quitó la peluca y la dejó en un soporte cercano, donde perdió todo el esplendor que había lucido puesta. Después, Isabeau se miró en el espejo y se colocó uno de los mechones plateados del pelo que tenía, negro como el azabache, dentro de la cofia. Con la edad que tenía, todavía era una mujer atractiva, tan morena como Elisabeth rubia.

—Tenemos que darnos prisa. Pero antes... —La doncella se hizo con las plumas de avestruz y las colocó en el cabello de Elisabeth, mientras ella volvía a mirar el reloj que había en su tocador.

«Tarde».

Miles siempre llegaba tarde. A ella, sin embargo, le gustaba ser puntual. Dejó el espejo de mano e intentó controlar la frustración que se apoderó de ella.

—Me pregunto qué estará haciendo mi madre esta noche.

Isabeau alzó la vista y la miró con un brillo de compasión en los ojos.

—Su *mere* volverá cuando acabe todo este asunto sobre el té y los impuestos, ¿no?

Elisabeth no tenía una respuesta. Su madre llevaba meses en Bath, Inglaterra, y parecía que el problema del té y los impuestos no se iba a acabar nunca.

Alguien llamó suavemente a la puerta. Instantes después se oyó la voz apagada de otra sirvienta.

—Ha venido un caballero a verla, *milady*. Está esperando en el salón.

¿Un caballero? ¿No su prometido? Sonrió con ironía. Lo más probable era que los sirvientes no se acordaran de Miles.

Por un momento se sintió molesta, aunque enseguida se le pasó. Las visitas de Miles eran tan escasas que, cada vez que lo veía, también a ella le parecía un extraño. Esa era la razón por la que dedicaban buena parte de sus encuentros a conocerse de nuevo. Y esa noche no sería distinta. Quizá pudieran recuperar el tiempo perdido en el carruaje.

Isabeau la llevó hasta el taburete que había frente al tocador y le colocó con destreza un collar de perlas. Aquella rutina la calmaba. Le resultaba familiar. Escogió un frasco de cristal y lo destapó. Al instante se vio abrumada por el aroma del último perfume de Londres. Geranio rosa. Volvió a mirarse en el espejo con una sensación de incomodidad creciente.

Esa noche todo le parecía nuevo. El perfume. Los zapatos. El corsé. El vestido. Nunca había llevado una prenda así, ni se había sentido tan vulnerable. Aunque el encaje color crema le caía generosamente sobre los hombros desnudos, aquel escote resultaba atrevido. El vestido estaba hecho de seda de un tono rosa perla que brillaba y realzaba cada una de sus curvas. La modista experta en estilo *mantua* se había superado con creces. Era una prenda digna de la reina Carlota.

Segundos después, se dirigió a la puerta, preparándose para lo que estaba por venir.

—Es de mala educación hacer esperar a las visitas.

Isabeau puso los ojos en blanco.

—¡Ojalá el señor Roth pensara lo mismo!

La doncella la siguió y ambas atravesaron un pasillo apenas iluminado que daba a un rellano con una ventana en voladizo y un banco tapizado. La aterciopelada oscuridad que se podía ver más allá del cristal estaba salpicada de lluvia, sin estrellas, y el aire cálido estaba lleno de humedad. Aquel era el rincón al que siempre acudía para rezar. Isabeau se detuvo un instante mientras ella agachaba la cabeza antes de continuar.

Entonces comenzaron el largo descenso por la escalera de caracol. Isabeau volvió a colocarse un mechón suelto y la falda polonesa antes de llegar a la puerta abierta del salón, una estancia con una mezcla de

llamativos tonos dorados y escarlatas que resultaban abrumadores y opresivos incluso a la luz de las velas y que le recordaba mucho a los uniformes rojos de los soldados británicos. Cuando entró en la habitación, la doncella se retiró. Luego clavó la vista en la chimenea de mármol donde esperaba encontrar a Miles Roth.

—*Lady* Elisabeth.

Se volvió tan rápido que se le balanceó la falda y empezó a darle vueltas la cabeza. Por Dios, qué apretado llevaba el corsé. Y tampoco había comido mucho durante el té.

Detrás de ella había un hombre, con el rostro oculto entre las sombras. Extendió una mano para mantener el equilibrio, pero no llegó a la silla que necesitaba por cinco centímetros y tuvo que aferrarse a lo primero que encontró: la manga de una levita. El caballero bajó la vista hacia ella y ella alzó la mirada, encontrándose con su cabeza morena justo debajo de las tenues nubes pintadas en el techo azul. Fuera quien fuese, desde luego no era Miles. Su prometido solo era cinco centímetros más alto que ella.

—Señor...

—Rynallt. Noble Rynallt, de Ty Mawr.

¿Qué? El nombre irrumpió en sus recuerdos de inmediato. Noble Rynallt era un primo lejano de Miles. Tan lejano que no sabía exactamente cuál era el parentesco. Se apresuró a hacer una recopilación mental de lo poco que conocía de él. Galés de pura cepa. Propietario de una extensa finca en el río James. Hacía poco que había perdido a su hermana. Antiguo abogado y actual miembro de la Cámara de los Burgueses. Los Rynallt eran famosos por sus caballos, ¿verdad? ¿Carreras de caballos? Los mejores de Virginia, por no decir de todas las colonias.

Solo tenía una cosa clara.

Noble Rynallt estaba allí porque Miles no había venido.

La sorpresa dio paso a la resignación. Hizo una pequeña reverencia.

—Señor Rynallt, qué placer más inesperado.

—Puede que más inesperado que otra cosa.

Elisabeth vaciló un instante. Al menos estaba siendo sincero.

—¿El señor Roth...?

—Se ha retrasado. —El hombre se las arregló para parecer desconcertado. Y contrito.

Ella intentó mostrarse impasible mientras un sinfín de impresiones inundaban sus sentidos. Tenía frente a sí a una mole de músculos, paño y sándalo. Vestía un traje particularmente elegante, oscuro excepto por el chaleco azul bordado con un ligero toque plateado y el pañuelo de cuello color crema. No se fijó en el color de sus ojos, ni en el resto de su apariencia, porque lo único en lo que podía pensar era en la idea de que Miles volvía a llegar tarde.

Disgustada, por fin pudo apoyarse en la silla.

—Me ha pedido que sea su acompañante hasta que llegue —continuó el señor Rynallt con tono conciliador—. Si usted me lo permite.

Tuvo la decencia de sonar un poco avergonzado, como debía sentirse. Al fin y al cabo, se trataba de su baile de compromiso; un baile que celebraba lord Dunmore en el palacio del gobernador, al que acudiría la flor y nata de Williamsburg. Y ella no haría su entrada con su prometido, sino con un... extraño.

No, era peor que eso. Bastante peor.

Pero su buena educación le impidió olvidar sus modales. Así que sonrió y dijo:

—Le agradezco su amabilidad. ¿Sabe si mi prometido tardará mucho?

—Espero que no —respondió él, ofreciéndole el brazo.

Con independencia de quién fuera Noble Rynallt, su actitud cortés le indicó que lo tenía todo bajo control. Aunque aquello no consiguió tranquilizarla lo más mínimo.

—Al llegar, me he dado cuenta de que su carruaje estaba esperándola —comentó él mientras la conducía hasta la entrada, pasando por delante del mayordomo hasta la zona de montar—. Iré cabalgando a su lado.

A su espalda, el reloj del vestíbulo de su abuelo sonó demasiadas veces. El baile ya había comenzado y lord Dunmore detestaba a los invitados que llegaban tarde.

Y ellos, como mínimo, se harían de rogar.



Capítulo 2

Bajaron por la larga y encharcada avenida de la calle Palace, con sus catalpas y casas adosadas iluminadas por la luz de las velas que resplandecían detrás de las ventanas. Noble alzó la mirada hacia la cúpula encendida que había sobre el tejado plano con balaustrada al final del exuberante camino de hierba. Junto a la residencia del gobernador se apostaban todo tipo de vehículos, aunque ninguno tan elegante como el carruaje que iba a su lado. Pintado en un exquisito tono crema con escenas de las cuatro estaciones en cada panel, atraía la atención de todo el mundo. Nunca había visto un coche semejante en las colonias.

A pesar de todos sus defectos, Miles Roth tenía buen gusto. Y un gusto caro también. La estructura, con sus resortes de acero alemanes, apenas se sacudía cuando se movía. Con independencia de lo contrariada que se hubiera sentido Elisabeth Lawson por su imprevisto acompañante, el carruaje no incrementaría su decepción. Aunque las cortinas estaban cerradas y no podía oír nada más que el estruendo de los cascos de los caballos, se imaginaba lo que estaba sucediendo en el interior del carruaje. La doncella de Elisabeth lo había mirado con el mismo disgusto que sorpresa había mostrado su señora al verle.

Se enderezó sobre los estribos y echó un vistazo sobre su hombro en dirección a la taberna Raleigh. Se dirigiría allí tan pronto como pudiera excusarse. De momento, la oscuridad de aquella noche húmeda se cernía sobre él como una losa. Prefería el amanecer, cuando un nuevo día se asomaba por el horizonte, bañando con su luz las fachadas, los tejados a dos aguas y los jardines fragantes de Williamsburg. La noche

le recordaba lo que había perdido. Y esa, además, parecía melancólica, abrumadora, llena de obligaciones no deseadas. Para alejar las sombras, repasó lo que sabía de la joven que iba en el carruaje por si tenía que mantener una conversación con ella.

Elisabeth Lawson era guapa, de tez pálida y había afrontado con elegancia la noticia del retraso de su prometido. Aunque lo más probable era que tuviera mucha práctica en esos menesteres. Si bien era la primera vez que Noble la acompañaba a una reunión social, en la ciudad solían bromear con el hecho de que no era la primera vez que Miles Roth hacía algo similar, como si tuviera la esperanza de que, enviando a otros hombres en su lugar, la dama se fuera a enamorar de uno de ellos. Bueno, él solo haría el tonto en esa ocasión y acudiría al baile únicamente porque se lo había pedido Henry. No podía negar el hecho de que, cuando el alcohol corría libremente, la gente hablaba de más y eso jugaba en favor de los patriotas. Pero esa sería la última vez que asumiría una responsabilidad tan arriesgada.

Desde el momento en que salió de su habitación del Raleigh, rezó porque *lady* Elisabeth no insistiera en conocer la verdadera razón de la demora de Miles Roth. Noble no le mentiría. «Retrasado» le pareció el término más seguro, aunque «entregándose a sus propios placeres» habría sido más exacto. Miles con unos dados en la mano era el vivo ejemplo del lema que colgaba en letras doradas sobre la repisa de la chimenea de la sala Apolo de la taberna: *Hilaritas sapientiae et bonae vitae proles*. Regocijo, el resultado de la sabiduría y una buena vida.

Dudaba que Patrick Henry tuviera ningún problema en hacer que a Miles se le embotaran los sentidos con cerveza y licor. Pero esta noche no era una noche cualquiera. El descarriado de su primo no solo estaba jugando, sino que también estaba haciendo esperar a una mujer gentil; lo que molestaría tanto al gobernador Dunmore como al poderoso padre de *lady* Elisabeth. Después de abandonar el luto tras muchos meses evitando la vida social, asistir a un baile le apetecía tanto como tomarse una sopa de cangrejo que llevara hecha una semana. Prefería la tranquilidad que le ofrecía Ty Mawr, más allá de la carretera Quarterpath. Las risas estridentes y las ruidosas charlas que provenían del Palacio del

gobernador arruinaban la hermosa noche que hacía. En ocasiones Williamsburg era como un absceso que necesitaba drenarse.



Elisabeth cambió de posición en el acolchado de terciopelo del asiento del carruaje y dio gracias porque la tensión que debía de reflejar su rostro quedara oculta bajo la oscuridad que las rodeaba. Aun así, sabía que Isabeau se percataría de la confusión interna que en ese momento sentía, igual que ella percibía la de su doncella. Una confusión mutua que parecía enrollarse a través del aire sofocante que había entre ellas.

—Se le han descolocado las plumas, ¿verdad? —murmuró Isabeau con tono angustiado en un rápido francés—. ¡A su prometido debería darle vergüenza! ¡Llegar tarde a su baile de compromiso!

—Pero no estaba pensando en Miles Roth ahora mismo —confesó ella—, sino en él.

—¿En *monsieur Rynallt*? *Oui, oui*, por fin ha dejado el luto.

—Eso parece —replicó Elisabeth con sequedad.

Oyó a Isabeau abanicarse. En el interior del carruaje hacía mucho calor.

—Seguro que un montón de damas estarán encantadas con la noticia, aunque a usted no le haga mucha gracia. Me gustaría que no tuviera ese aspecto tan de granuja.

—¿Granuja? —Elisabeth miró a su doncella a través de la oscuridad—. Yo no lo describiría de esa manera.

—¿No? —repuso Isabeau con voz aguda. Seguro que estaba a punto de empezar a retorcerse las manos—. Ese hombre es... ¿cómo se dice? ¿Un canalla? ¿Un bribón? Moreno como un bucanero y con esa mirada sombría. Algunos dicen que por sus venas corre más sangre gitana que galesa.

—¿Cómo es que sabes tanto de él? —Menuda tontería acababa de preguntar. Isabeau conocía a casi todos los que vivían en Williamsburg y sus alrededores y se enorgullecía de saber lo que sucedía por esos lares.

—Circulan un montón de rumores sobre él en la ciudad.

—¿Y no te acuerdas de ninguno bueno?

—¡*Oui, oui!* —Isabeau frunció los labios pensativa—. Ty Mawr es conocida por su hospitalidad. Jamás rechazan a nadie que vaya a pedir limosna. Y no solo eso, las sirvientas del Raleigh dicen que *monsieur* Rynallt es el mejor cliente que tienen porque siempre les deja muy buenas propinas.

Elisabeth abrió el abanico y removi6 un poco el aire sofocante.

—No me interesa su bondad sino sus tendencias políticas.

—¿Sus tendencias políticas? —Isabeau bajó el tono hasta convertirlo en un susurro contrariado—. ¿Se refiere a si es uno de esos Hombres de la Independencia?

«Hombres de la Independencia». Aquellas palabras, que su padre solía pronunciar como si de una maldición se tratara, acudieron a su mente al mismo tiempo que otro dato igual de siniestro que se abrió paso en su memoria.

—También es un disidente que ya no va a la iglesia.

—No a su iglesia. Es un pris... pres...

—¿Presbiteriano? —Sabía tan poco como Isabeau sobre ese asunto. Según su padre, solo había una iglesia verdadera. La iglesia de Inglaterra. Se abanicó con más brío—. Quizá debería haber declinado su ofrecimiento de escoltarme al baile. Pero me pilló tan de sorpresa...

—¡*Oh, la vache!* —Isabeau volvió a alzar la voz—. ¡No sé qué decirle! Piense en ello, señorita. Va a presentarse en el baile no del brazo de su prometido, *monsieur* Roth, sino del brazo de un... de un...

—De un radical que evita ir a la iglesia y, además, partidario de la Independencia —señaló ella, aunque luego agregó—: Hoy en día se puede encontrar a mucha gente de ese tipo en Williamsburg.

—Su padre... se va a poner furioso, ¿verdad?

—Por supuesto. —Elisabeth hizo una pausa y se permitió un instante de diversión—. Aunque creo que mamá estaría encantada con toda esta situación.

—*Oui*. Pero su querida *mere* no está aquí.

Elisabeth tomó una profunda bocanada de aire para tranquilizarse.

—Podría darme la vuelta y decir que no me encuentro bien, pero este baile lleva meses planeándose. *Lady* Charlotte va a ocupar el puesto de mi madre. Y sus hijas serán mis damas de honor...

El carruaje se detuvo suavemente y dejó sin pronunciar las palabras siguientes. A pesar de que estaba lloviendo, había un ajetreo considerable en la entrada al palacio y el aire húmedo estaba impregnado de olores provenientes de la cocina. Podía oír el dulce sonido de los violines. Una innegable chispa de emoción fluía en la atmósfera cargada de junio, aunque no fuera suya. Pero antes de poner el pie en el primer peldaño de la escalera del carruaje, decidió dejar atrás sus sentimientos y desempeñar el papel que le correspondía para asegurarse un futuro.



Las plegarias de Noble por conseguir entrar de forma discreta al palacio fueron escuchadas. En el mismo instante en el que él y *lady* Elisabeth accedían a la entrada llena de flores, una mujer que se encontraba en el otro extremo del salón se desmayó y varios lacayos vestidos con librea corrieron a ayudarla. Todas las miradas se dirigieron a la indisputada *lady* Grey y él solo tuvo que tomar a *lady* Elisabeth del codo y llevarla hasta el centro de la glamurosa concurrencia. Después, empezó a sonar un minueto y ambos se movieron junto con las demás parejas sobre el reluciente suelo de parqué como si hubieran estado allí desde el principio.

Entonces ella alzó los ojos, con ese brillo de inteligencia que se reflejaba en ellos, y lo miró con un ligero rubor en las mejillas, como si fuera (no sabía si atreverse siquiera a pensarlo) una especie de héroe. Cuando volvió a bajar la vista, Noble se permitió estudiar su delicado rostro ovalado, sin pasar por alto ningún detalle. Un hoyuelo en su mejilla izquierda, visible incluso sin sonreír. Cejas oscuras y arqueadas. Nariz aquilina. Unos ojos de un azul increíble. Unos hombros suaves y pálidos parcialmente cubiertos por un vestido con un suntuoso bordado que parecía atrapar la luz de todas las velas del salón.

Un aspecto inocente y puro. Pero en realidad la habían mancillado. No solo el canalla de su prometido, sino también él mismo y sus intenciones poco honorables a la hora de acompañarla al baile. Al lado de Elisabeth Lawson no se sentía un caballero en absoluto. Al fin y al cabo, la había usado con fines políticos, sin importar lo noble que fuera su causa.

Aunque tenía la sensación de no haber bailado en una década, ella hizo que apenas le costara retomarlo. En ese momento le vino a la mente un recuerdo ya olvidado. *Lady* Elisabeth era la misma mujer que había visto no hacía mucho con las hijas de lord Dunmore en los jardines reales, intentando aprender los pasos de una danza rural complicada. Se acordó de su risa, no aguda ni aflautada como creía que sería, sino profunda e intensa como el sonido de un violonchelo. Recordó también que al profesor de baile no le había hecho mucha gracia que él y el compañero de la Cámara de los Burgueses que le acompañaba ralentizaran el paso para verlas cuando salieron del palacio del gobernador.

Ahora *lady* Elisabeth ya no estaba pendiente de él, sino que miraba alrededor del salón, buscando sin duda a Miles Roth. Se sintió un tanto decepcionado. Su primo se merecía una buena tunda por su caprichoso comportamiento. Deseó que Miles hubiera sido más serio y no cayera tan fácilmente en las tretas de Henry. Aunque también era cierto que los patriotas como Henry y él se valían de las debilidades de Miles para conseguir objetivos para su causa. Aun así, Noble no se sentía cómodo por haber participado en ese astuto plan en particular.

De pronto se dio cuenta de que había demasiada gente mirándolos, convirtiéndolos en el centro de atención por varias razones. Sin haberse puesto de acuerdo ni haberlo previsto, los dos eran las únicas personas en el salón que no llevaban peluca. Y su encantador vestido con esa profusión de encaje era el contraste perfecto a la acanalada seda oscura de su traje. En ese momento parecían estar creando casi tanto revuelo como la ausencia de Miles y su inesperado final de luto.

Para cuando Miles decidió por fin deleitarles con su presencia, las brillantes esculturas de hielo habían empezado a nadar en los cuencos situados en el comedor contiguo y el glaseado de azúcar de la inmensa tarta de varias capas se había derretido. En cuanto lo vio, supo que alguien había tenido que quitarle los dados de la mano para llevarlo allí. Con aquel traje de satén amarillo parecía una abeja gigante, tenía una mancha de oporto en el chaleco y el pañuelo de cuello torcido. Se sintió tremendamente violento por Elisabeth Lawson.

Sin embargo, hizo lo que le dictaba el deber y la condujo a lo largo de las concurridas paredes del salón al lado de su prometido. Le sorprendió la pareja tan incompatible que hacían. Ella tan pura y gentil; su primo tan libertino y en un estado de semiembriaguez.

Le pareció un desagradable presagio del futuro que les aguardaba juntos.



Antes de que Elisabeth pudiera pensar en sus modales y agradecer a Noble Rynallt su gesto, este le dio la espalda y se fue hacia un grupo de caballeros que había cerca de una ventana abierta. El hombre se escabulló entre la multitud; lo que no era una tarea fácil, teniendo en cuenta el ajetreo de las trescientas personas presentes. Elisabeth le vio marcharse con una mezcla de alivio y remordimiento.

Su padre no tardó en acercarse a ella, colocándose a su lado y mirándola. A simple vista, no parecía molesto, pero ella lo conocía demasiado bien.

—Esperaba verte por aquí mucho antes.

Las palabras cortantes iban dirigidas a ella, no a su prometido, como si fuera la culpable de la tardanza de Miles junto con su propio retraso.

—Mis disculpas, señor. —Miles se enderezó el pañuelo de cuello mientras echaba un vistazo al concurrido salón—. Me demoré más de lo previsto.

Por lo menos Miles tuvo las agallas de hablar por ella. A pesar de los defectos que tuviera, era uno de los pocos hombres a los que no intimidaba su padre. Para bien o para mal, era así de incorregible.

Miró consternada la mancha púrpura que llevaba en el pecho; todo lo contrario al impecable atuendo de Noble Rynallt. Se puso delante de Miles y extendió la mano enguantada para abrocharle el botón de la levita, escondiendo la ofensiva mácula.

—Ah, *milady*, siempre cuidando de mí —dijo él con un rastro de ternura en su voz.

Elisabeth se ablandó por aquellas palabras inesperadas. Consciente del escrutinio al que les estaba sometiendo su padre, contuvo el deseo de entremeterle un mechón de cabello rubio que se le había escapado de la peluca. El amarillo no le sentaba nada bien. Le hacía parecer más pálido y le daba un aspecto descuidado. ¿Es que no tenía un ayuda de cámara? En cuanto se casaran le ayudaría a escoger los tonos adecuados para su guardarropa.

—Supongo que deberíamos bailar —murmuró finalmente Miles, mirando a la multitud.

Su padre los observó mientras sonaba una danza escocesa, tan alegre como tranquilo había sido el minué anterior.

En cuanto Miles la tuvo entre sus brazos, se vio abrumada por el olor a sudor, tabaco y alcohol. Su prometido se movía de forma un tanto descontrolada, con las extremidades flácidas por el exceso de oporto.

A través de la aglomeración de parejas bailando y girando, pudo ver a Noble Rynallt con gesto impasible. Ahora estaba cerca de las puertas del comedor y parecía el protagonista de alguno de los retratos que colgaban de la pared. Cautó, atento a todo, serio.

No muy lejos de él estaba *lady* Charlotte. Su vestido de seda carmesí ofrecía un contrapunto absoluto con el de tafetán azul claro que llevaba su hija mayor. Si estaba molesta por la presencia de alguno de los Hombres de la Independencia, lo estaba disimulando perfectamente. De hecho, en ese momento la estaba mirando y sonriendo amablemente, quitando hierro a cualquier asunto que pudiera preocuparla.

En cuanto a su prometido. Se le veía aburrido e irritado. Y eso que el baile se estaba dando en su honor.

«Oh, Miles, no estás disfrutando con nada de esto».

Se le cayó el alma a los pies. La censura en los ojos de su padre, junto con la apatía de Miles y su propia incapacidad para participar en el jolgorio del acontecimiento, apagaron cada chispa de dicha que pudiera haber albergado. A veces la gente de Williamsburg la llamaba Sunny, risueña en inglés, por su carácter alegre.

Pero esa noche no se sentía alegre, ni mucho menos.